

El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias) Mito y religión en la prehistoria astur

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA

In Memoriam
Juan Cabré Aguiló (1882-1982)

A unos seis kilómetros de Llanes (Asturias), al Occidente de la Sierra de la Borbolla (Sierras Planas), y a la derecha, en dirección a Santander, arriba, dominando el paisaje y junto a Puertas de Vidiago, se vislumbra una formación geológica constituida por un gran peñasco, «el Peñatu», recortada nítidamente en el cielo, más tras la tala forestal (1975) y que señala la situación de una necrópolis prehistórica, presentando grabada una muy curiosa inscultura junto a diversos grafismos del llamado «arte prehistórico esquemático».

El lugar, era conocido de antiguo, aunque nadie se molestó en estudiarlo hasta 1912, en que fue visitado por E. Hernández Pacheco y D. Vaca, acompañados por el Conde de la Vega del Sella.

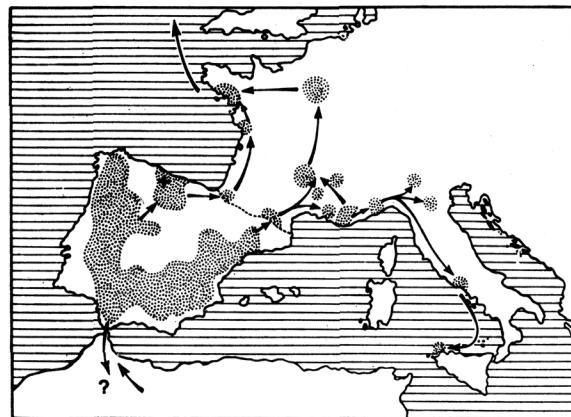
Inmediatamente Hernández Pacheco pensó que, tanto el lugar, como el enigmático Peñatu podría dar tema a una publicación en la que se intentase analizar y estudiar, no sólo la inscultura y grafismos anejos, a datar en la Edad del Bronce, sino también el mismo entorno. Surge así una publicación en colaboración con J. Cabré y Vega del Sella, que al coincidir su aparición con la Primera Guerra Europea (1914) no conoció la debida difusión. En el tema seguiría trabajando el arqueólogo aficionado y párroco de Vidiago, D. José Fernández Menéndez, concentrando su atención en la necrópolis de sepulcros megalíticos en cista, que parecía tutelar el «Peñasco», por lo que dio a sus representaciones un simbolismo funerario.

Aunque incluida hoy en numerosas obras y *corpus* documentales, dedicados a la Edad del Bronce, puede decirse que hasta la fecha (1982) y con la sola excepción de P. Bueno y M. Fernández Miranda (1981), no se ha intentado que sepamos prospección alguna del monumento ni tampoco de la cronología aceptada para el conjunto y la necró-

polis, pese a que últimamente las aportaciones de M. A. Blas Cortina y las nuestras propias permiten quizás, más concretas puntualizaciones.

1. DESCRIPCIÓN

Independientemente del significado que pudiera dársele al Peñatu, como *ápice de un universo simbólico*, hemos ante un soporte constituido con una pared rocosa o panel rupestre natural en la que aparecen trazados y en creciente deterioro una serie de grabados y pinturas; se presentan en una especie de abrigo natural que ofrece la mole rocosa en toda su cara oriental, a lo largo de casi 4 m. de anchura y 1,35 m. de altura, constituyendo una especie de palimpsesto rupestre decorado, a estudiar en dos secciones.



Distribución del arte prehistórico esquemático en la Europa Occidental. Mapa sugerido tras los trabajos del finado Abate H. Glory. En el mismo, se ha señalado en el N. de la Península Ibérica la situación del Peñatu de Puertas de Vidiago, (Llanes, Asturias)



Fotografía del Peñatu de Puertas de Vidiago, que corona una de las estribaciones de la Sierra de la Borbolla en las Sierras Plans de Llanes (Asturias), y soporte de diverso arte prehistórico esquemático. La presente fotografía fue hecha por don Eduardo Hernández Pacheco hace unos setenta años y antes del estudio, hoy clásico, cuando el Peñatu no tenía el enrejado de protección de las insculturas, que le preserva y afea



Detalle del panel rocoso del Peñatu de Puertas de Vidiago (Llanes, Asturias), en el que se aprecia la figura del llamado Ídolo (o «El Gentil» para los habitantes del lugar) así como la espada de clara filiación eneolítica (horizonte de los prospectores metalúrgicos con vaso campaniforme)

Sección derecha. En la misma, se presentan insculpidos un simulacro que nos recuerda las estatuas-menhires antropomórficas, de la Edad del Bronce y que los tratadistas acostumbran a denominar genéricamente «ídolos» y un arma blanca, por lo general identificada como un puñal, así como diversos signos grabados o pintados.

Sección izquierda. Apenas decorada, pueden apreciarse en la misma, restos de diversos grafismos —pintura y repiqueteado sobre la roca—, susceptibles a diversa interpretación y datación.



La llamada Estela de Triora (Alpes Lígures, Italia) insculpida con una técnica particular de repicado en zig-zag y cuya semiología la aproxima un tanto a la que al parecer quiere figurarse en el Peñatu de Puertas de Vidiago (Llanes, Asturias). Según M. O. Acanfora

Detallaremos las principales representaciones de ambas secciones. El considerado «ídolo» se presenta insculpido en la parte superior derecha de la sección derecha, eligiendo para su ubicación la zona más protegida de la pared natural. De 1,12 m. de altura y 0,65 m. en su parte más ancha, aparece ejecutado mediante el trazo de tres paralelepípedos concéntricos, cuya parte superior se ha cerrado en ábside. El trazado del mismo se ha hecho merced a una línea incisa. Los «antropomorfistas» distinguen en el mismo dos partes: la que considera el cuerpo y la que considera la cabeza, otorgando al conjunto el que pudiera atribuírsele a cualquier *pattern* antropomórfico de la Edad de Bronce. Así las tres líneas que circundan la figura que delimitan franjas o espacios intermedios, que se nos presentan rellenos con líneas de zig-zag o transversales y que se conservan, sobre todo, en el lado izquierdo, ya que aparecen casi borrados en el lado derecho. Esta «decoración» interna, se presenta grabada y pintada desigualmente. En la zona basal cabe apreciar asimismo, cinco trazos, interpretados como un presunto pie (en el dibujo de J. Cabré, que ilustra el estudio citado), trazos éstos cuya interpretación nos hace emparentar la representación del Peñatu con la conocida en La Grotte Dumas (Var, Francia). Señalaremos que el cuerpo del «ídolo» presenta siete líneas horizontales, cosa que la deficiente conservación de la representación no nos ha permitido dilucidar, ni siquiera utilizando fotografía infrarroja.

Pasando a describir la parte superior de la representación de forma semicircular y que la casi totalidad de los tratadistas asimilan a una faz humana (?), cabe señalar que ésta aparece circunscrita por las mismas tres líneas señaladas anteriormente y que rodean toda la representación. Aquí, sin embargo se presentan reforzadas por otras dos, a modo de semicírculos concéntricos. En la presunta cara humana (?), llaman la atención los ojos, en cierto modo similares a los que nos presentan los llamados «ídolos oculados» del Eneolítico o Bronce I, del SE. hispano. Aquí los ojos u ocelos, se nos presentan separados por un trazo vertical que muy probablemente representa la nariz. Por su parte inferior, la cara o máscara resultante se presenta delimitada por una línea continua, incisa y pintada que parece separarse o diferenciar la faz del presunto cuerpo del «ídolo», de forma tan terminante que hace pensar en la línea de un horizonte, resaltada por un sol poniente. En la parte superior la línea externa que

contornea la imagen, presenta el ábside inscrito con una serie de trazos verticales pintados a los que se ha dado diferente interpretación.

La supuesta arma blanca insculpida a la izquierda del «ídolo» y a la altura de su mitad superior da asimismo que pensar. Según su primera representación debida a J. Cabré, se viene identificando como un puñal de tipo de lengüeta provisto de mango, que se sujeta de cinco remaches y típico de la Edad del Bronce: mide 65 cm. de largo y 15 cm. de anchura máxima de hoja.

Entre el «ídolo» y el arma blanca se aprecian varias puntuaciones y bajo el puñal a 25 cm. se presentan pintado un antropomorfo y a su izquierda, otros cuatro de desigual conservación y un sexto que parece enarbolar una especie de bastón o cayada. Más a la izquierda se notan vestigios de color del mismo pigmento y otros signos o restos de tales, ejecutados quizá mediante repicado.

Por otra parte y a 1,20 m. del «ídolo» y ya en la «sección izquierda» aparecen asimismo vestigios de pintura y otro grupo de figurillas antropomórficas, ya cruciformes ya ancoriformes, e incluso cruciformes en repicado a datar, en época histórica. Más a la izquierda se aprecian varios puntillados, dispuestos de forma circular.

Finalmente, y a 1,75 m. del «ídolo», tras una zona parietal muy erosionada puede apreciarse también algún vestigio de pintura, resto quizá de vestigios de otras figuraciones antropomórficas y también algún puntillado.

El palimpsesto ofrece pues, una decoración con tres técnicas: Incisión de línea ancha, pintura y repicado, pudiéndose considerar como las primeras utilizadas, el grabado (incisión) y la pintura, aunque desconozcamos en el primer caso el tipo de útil utilizado. Por lo que se refiere al repicado, los útiles utilizados pudieron ser diversos, teniendo en cuenta incluso que alguno de los mismos puede datar ya de épocas protohistóricas e históricas. Por otra parte, aun cuando no se ha hecho análisis de pigmentos, los vestigios parecen de oligisto o de limonita.

La verja que guarece el panel rupestre del Peñatu sólo le protege hasta cierto punto, de los destrozos que pudieran causar los visitantes y nunca de la erosión y exfoliación natural, circunstancias éstas, que unidas a la exudación que conoció la roca, en los años de repoblación forestal del conjunto casi a punto de destruirle, dejando en el mismo señales indelebles.

2. ANTE UNA POSIBLE INTERPRETACIÓN

Se viene juzgando prematura, toda publicación que pudiera hacerse de las insculturas y pinturas del Peñatu de Vidiago. Más, teniendo en cuenta



Ortostato dolmánico procedente de Abamia, Asturias y en el que se ha pretendido ver la representación de una «deesse muette». Museo Arqueológico Nacional de Madrid

que todo lo que se ha ignorado, hasta ya superada la primera mitad de nuestro siglo, no sólo de las gentes megalitistas de la Europa Atlántica, incluyendo en las mismas a los habitantes del NW peninsular al iniciarse la Edad de los Metales, con sus modos de producción, géneros de vida, ideario, religión, ideas metafísicas, y cosmologías, etc., etc., sin olvidar su cómputo calendárico. Los estudiosos, no obstante tuvieron la audacia de abordar su conocimiento refiriéndose a la llamada «teoría de las tres edades». Esto ocurriría en 1912. En fin, algo muy semejante de lo que algunos años después, se hará eco el propio Conde de la Vega del Sella en su estudio del

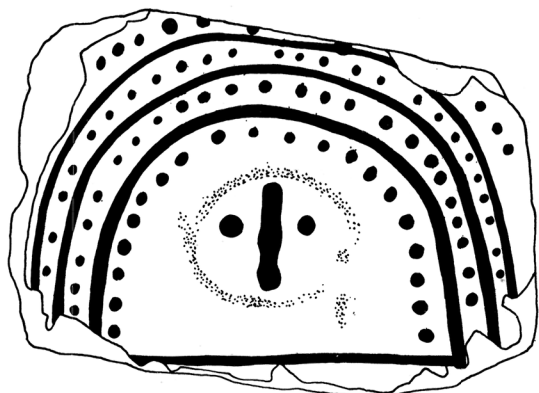


El llamado «ídolo» de Tabuyo del Monte, simulacro en el que parecen aunarse ideas que se expresan a la vez en los llamados «ídolos-placa» de carácter funerario y los simbolismos que se expresan en el Peñatu de Puertas de Vidiago y diversos menhires esteliformes con significado funerario o pantacular



Estela idoliforme localizada en Crato, Alentejo (Portugal), 32 cm. de altura. Museo de Belem, Lisboa

dolmen de Cangas de Onís. En el caso de las insculturas y grafismos del Peñatu, la principal representación será asimilada a ciertos ídolos, ya del Neolítico, ya del Eneolítico, ya de la Edad del Bronce, identificados como «divinidades femeni-



«Idolo» esteliforme hallado en Arronches, Esperança (Portugal). Museo de Belem. Lisboa

nas»... Nos enfrentaremos desde el pasado siglo con la conseja de las «déeses muettes», identificadas ya en las cerámicas de Troya: Divinidades, mitad mujeres, mitad lechuzas, que los griegos denominarían *Atenea Glaucopis* y hoy simplemente «divinidades femeninas». De resultas de tal interpretación, pron-



Figuración antropomorfa de carácter mítico que aparece pintada en la Grotte Dumas (Var, Francia), según H. Glory



Figuración antropomórfica denominada «ídolo de Ciudad Rodrigo», ejecutada sobre un gran canto rodado (0,40 cm.)



Calco de los grafismos trazados sobre el Peñatu de Puertas de Vidiago (según J. Cabré, 1914)

to una «deidad suprema femenina», de faz de lechuza, parece hacerse patente en múltiples monumentos megalíticos no sólo de la Península Ibérica, sino también de la vecina Francia, y desde luego, en numerosos lugares del Oriente Mediterráneo. Deidad, que será asimilada por O. G. S. Crawford (1957) a una «Diosa de los muertos»... En el Peñatu, la presunta divinidad ha llegado a interpretarse incluso como portando una especie de vestimenta talar, e incluso, viendo en los trazos de la posible faz, una cabellera, una diadema y diversos ornamentos y detalles (?). Diversas fantasías, trascendiendo de la inscultura principal, han contagiado la presunta arma blanca e incluso, a las siete figurillas antropomórficas esquemáticas, pintadas en rojo interpretadas como dirigidas por la que, al parecer, enarbola el báculo. Se pensará así en la figuración de un baile ancestral, en el que se ha llegado a ver, un antecedente del famoso «corri-corri», que se ejecuta aún en Llanes y en las Peñamelleras, cuando no

una danza funeraria, etc., etc., interpretación más o menos fantástica que ha perdurado hasta hoy.

3. PARA UN NUEVO ABORDAMIENTO

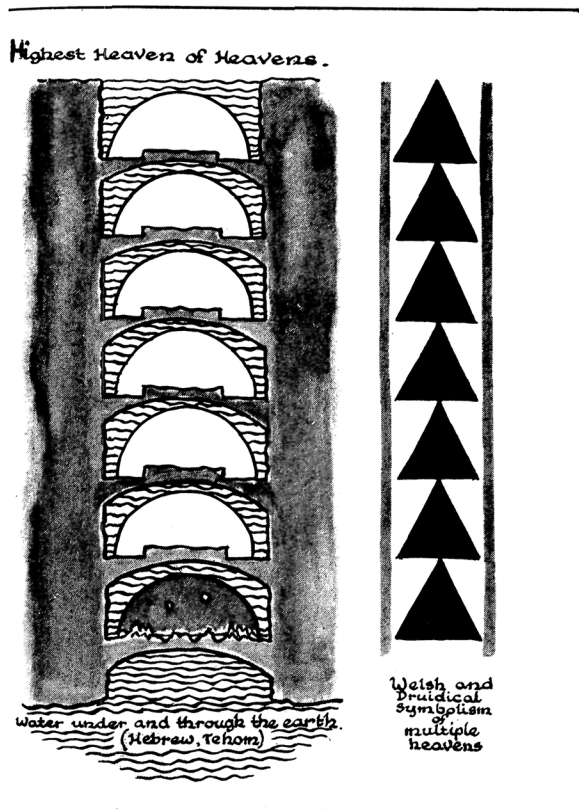
La estimación que ha venido haciéndose del simulacro gráfico del Peñatu y concretamente del llamado «ídolo», surgió pues de su comparación con otras figuraciones.

Hoy en la década de 1980, ha llegado a tal extremo nuestro conocimiento e inventario de tales simulacros o representaciones, vinculadas al Eneolítico (Calcolítico) que J. Arnal, no tiene inconveniente en calcular su número en varios millares, refiriéndose concretamente a las estatuas-menhires, sin contar otros simulacros o símbolos que podrían asimilarse a aquéllas y a identificar en el llamado *arte rupestre esquemático-megalítico*, no sólo de la Península Ibérica, sino también de muchos otros ámbitos del viejo mundo. Así estelas y representaciones del tipo de las estudiadas por O. G. S. Crawford, evidentes incluso en regiones extraeuropeas; decoraciones de posible carácter ritual o profiláctico, sobre cerámica, e incluso sobre diversos objetos de diferente utilización y en los que se prodiga el motivo decorativo de los ocelos u ojos; los llamados «ídolos-placa» en esquisto o ardosita, que aparecen en las inhumaciones que suelen vincularse a los primeros megalitistas de la Península, sobre todo en Andalucía y Portugal, etc.

El estudio de todas las posibles relaciones a establecer podría llevarnos muy lejos de nuestro campo de indagación. Se impone un ordenamiento metodológico de los datos, con objeto de que la descripción de todos los documentos, pudiera ser unívoca; a continuación habría que adoptar un código descriptivo de los documentos, figurando tipo, configuración y morfología y finalmente, la actitud de las representaciones; elementos anatómicos que las caracterizan de poder ser consideradas como antropomórficas; indumentaria y posible ornato; objetos que acompañan a cada una y, finalmente, decoración o elementos iconográficos a señalar a parte del conjunto. Independientemente, nos enfrentaríamos al tratamiento del resto de las representaciones gráficas que acompañan a la figuración principal. Ahora bien, independientemente de una clasificación meramente objetual de las estelas o documentos estudiados, como consecuencia de una

posible seriación automática mediante un algoritmo nos enfrentamos al conocimiento de otros documentos que encontramos a partir del Neolítico en Próximo Oriente, en todo el ámbito mediterráneo desde el Egeo a la Península Ibérica, incluyendo regiones colindantes (Balcanes...) que pueden darnos una visión, no sólo de la difusión del Neolítico y el Eneolítico (= Calcolítico), Oriente/Occidente. Independientemente, de la muy posible autoctonía que, mediante modernas técnicas de datación, cabe atribuir al ideario megalítico, de ciertas regiones de la Europa Atlántica. En este sentido, parece viable, una posible filiación entre ciertos «ídolos» del llamado Bronce I Hispano, con otros del Egeo, e incluso de la región sirio-palestina y la posible constitución en el SE. español de un foco secundario, nutrido por ideales ya del Creciente Fértil y del Mediterráneo Oriental, ya indígenas. Posible fruto de ellos, pudieron ser los llamados «ídolos-cilíndricos» del Bronce I Hispano; diversas figuras, interpretadas como antropomórficas e incluso los ya aludidos «ídolos-placa» de esquisto que aparecen en los enterramientos megalíticos. Indudablemente estos últimos con sus peculiares atributos y ocelos, así como con su decoración en franjas aserradas o en losanje, guardan ciertas connotaciones con el «ídolo» del Peñatu de Vidiago, y desde luego con el figurado procedente de Tabuyo del Monte (León), por lo que han de tenerse en cuenta, aun cuando no esté totalmente dilucidado su real significación y función.

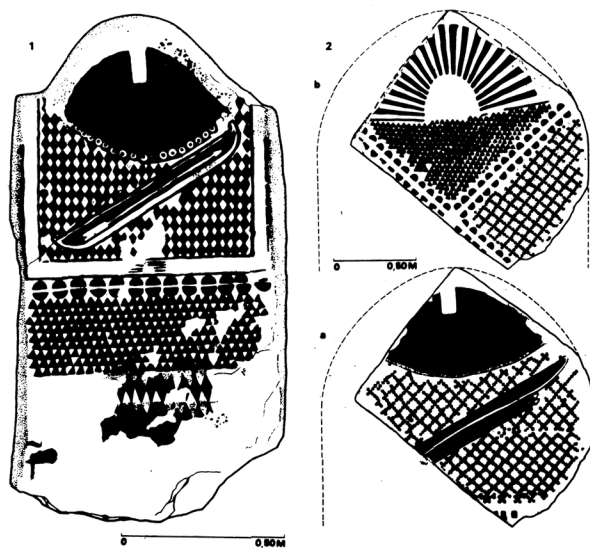
Independientemente del «ídolo», podrían traerse a colación sus posibles relaciones con los distintos grafismos y simulacros del conjunto. Tenemos ante todo la presunta espada o puñal, ya mencionada, que, independientemente de su interpretación como arma blanca, ha sido asimismo identificada como de un sarcófago antropomorfo (!). Sin embargo hoy por hoy no parece ofrecer duda alguna su identificación con un arma blanca, teniendo no sólo en cuenta otros conjuntos peninsulares europeos, sino también las puntualizaciones de E. Anati cuando le refiere a tipos de armas, como el bien conocido de Cangas de Onís, a situar quizá en el Bronce Medio (Bronce B, de J. Maluquer). Está asimismo la observación relativamente reciente de G. Delibes y R. Martín Valls, en torno al hallazgo de un puñal de lengüeta, de filiación eneolítica, en el depósito con vaso campaniforme de Fuente Olmedo, que junto con las más recientes de M. Almagro Gorbea, en



Desde la especulación griega, la forma de la Tierra se ha prestado a numerosas elaboraciones y teorías. En el dibujo y a la izquierda una explicación helenística/hebraea, en la que domina la idea de una «Tierra Plana», representándose al Planeta (sobre las aguas) como primer piso de una vasta construcción cósmica turriforme y sobre el que van alzándose los distintos cielos. A la derecha, la vieja concepción druidica (celta) que sustentaba asimismo la multiplicidad de los cielos superpuestos, de forma triangular

relación con una pieza hallada en Guadalajara con remaches, y el de los puñales hallados en el puerto de Gumial publicados por M. Escortell, pueden servir para afinar cualquier atribución, que trascendiendo de la misma Arqueología, y cuyo análisis más bien corresponde a la llamada Antropología cognitiva. Sobre todo, al considerar el posible simbolismo que pueda entrañar la asociación binaria arma/roca, que encontramos en numerosos mitos. Binomio semiótico éste, que encontraremos en numerosas ocasiones en diversas culturas y civilizaciones. Cabría recordar quizá también, puzzles quizás de un mismo sistema, en el que la piedra pudiera representar a la naturaleza, y el arma, artefacto de fabricación humana, incidiendo sobre ella.

Están asimismo los homúnculos figurados, que muy bien pueden referirse por el estilo convencional de su trazo al arte esquemático peninsular, cuyo estudio científico se inicia con la obra/inventario, hoy clásica, de H. Breuil, y que ha dado lugar en los últimos años a nuevos trabajos entre los que pueden incluirse muchos de los referidos al mundo de los petroglifos galaico-portugueses. Estudiando viejos y nuevos calcos, para muchos tratadistas tales figuras se presentan acaudilladas —ya se ha hecho alusión a esto—, por otra mayor, que parece portar en su mano derecha un báculo o cayada. Asignándosele un «rol» particular, más si en vez de hablar de un báculo o cayada vemos un *lituus*, lo que quizá nos permitiría vislumbrar la imagen de un personaje, que dentro del particular *status*, que parece significarse en su atributo, asimilándole aquellos que encontramos representados en el Próximo Oriente Antiguo, que vive asimismo la Edad de Bronce y concretamente en Ugarit o Ras-Samra. Idea ésta similar también a la que quizás se intenta expresar en la representación de un régulo sumerio en Tello (V milenio a. de C.), y que volveremos a encontrar en numerosas representaciones del mundo primitivo —ya prehistórico o etnográfico



Estatuas menhires o ídolos-estela a datar en el Neo-Eneolítico alpino (Sion, Valais-Petit-Chasseur). Se indican en negro las zonas con repicado. 1. Una estela que fue utilizada como lastra/tapa de la cista secundaria de un dolmen; 2. Ortostato de un dolmen ejecutado mediante la reutilización de una estela, en la que se ha intentado reconstruir por el reverso los grabados que presentaba

co... Están finalmente todos los puntillados y representaciones en repicado, de muy difícil interpretación y cronología.

Se hacen patentes pues, las dificultades que encierra todo abordamiento a la problemática del Peñatu de Vidiago, aun cuando quepa dar a nuestra interpretación un mejor fundamento, que el que presidió otras elaboraciones. Mas al basarse en el conocimiento logrado de la experiencia religiosa megalítica de la Europa Atlántica, quizá depositaria de saberes astrológicos, geománticos, mágicos, religiosos —es decir, con raíces en lo irracional—, y también saberes empíricos, astronómicos y calendáricos —es decir, en el mundo de lo racional y «científico»—, independientemente de sus elaboraciones rituales.

Por todo esto, una revisión del Peñatu, tendría que partir abundando en algo ya dicho, de un conocimiento de forma en cierto modo paralela, de los dos tipos de saberes que detentaban sus artífices, alimentando por un lado el pensar racional, y por otro, el pensar científico, con cauces diferentes, a abordar por un lado por la vía de la metafísica, que brinda como diría John Michell, la geomancia del paisaje (*Feng-shui*) y por otro la Arqueología semiótica, preconizada por A. Leroi-Gourhan quien siempre ha considerado «la disposición del sujeto», en el marco en que se le estudie.

Todo esto nos ha permitido plasmar dos observaciones: el denominado «ídolo» del Peñatu no es tal, sino más bien un *pantaculo*, es decir, una representación críptica de Lo Absoluto (la palabra deriva del griego —todo— y procede de la idea de un objeto que lo contiene «todo», que resume El Todo, como síntesis del macrocosmos). En este sentido cabe pensar que el Peñatu de Vidiago, muy bien puede tener figurada en su ídolo/logotipo, la abreviatura de un sistema, de una cosmovisión, cuyo conocimiento equivale a la *Salvación*. Sistema que se figura en una fórmula, en un grafismo, en una especie de «mandala», una metafísica en imágenes, con tanto o más valor que el que pueda otorgársele a un amuleto o a un talismán, por lo que preside una necrópolis... Está por otra parte el análisis del resto de los grafismos del palimpsesto. Así el arma blanca; los homúnculos en su fantástico «corri-corri», el de los punteados y cruciformes, que nos lleva indefectiblemente a un mundo perdido, de cuyos dogmas y saberes jamás podremos saberlo todo, pero del que posiblemente podríamos saber algo, rastreando en sus mismas

raíces y que indudablemente en el caso que nos ocupa se nutrieron del ecosistema.

4. EN EL ALBA DE UNA CULTURA

La arribada a la cornisa astur-cantábrica de los nuevos ideales impuestos por la llamada Revolución Neolítica fue relativamente tardía, posiblemente tras su tránsito por los Pirineos y quizá en los años en que llega a las Islas Británicas. Bastante después, —quizá más de un milenio—, de hacer acto de presencia en la vertiente mediterránea de la Península, dando vida a concretos ámbitos y formas de vida cuyo particularismo, conocemos hoy bastante bien. Sin embargo, en la cornisa astur-cantábrica, la imposición del Neolítico, estaría condicionada a determinados epifenómenos.

Estudios recientes, han permitido que podamos conocer ya con cierto detalle, las manifestaciones del Epipaleolítico y el Mesolítico, en toda la cornisa astur-cantábrica y que pueden considerarse paralelas a otras que se dan en la Europa Atlántica y que llegaran a alcanzar una cierta personalidad y una madurez tal que permitiría, ya en junio de 1975, a C. Renfrew, elaborar la teoría de que el sustrato ideológico cultural del ámbito, mesolítico atlántico, vivido con anterioridad a la arribada de la Revolución Neolítica, posibilitó a la temprana eclosión en Occidente del fenómeno megalítico.

En lo que concierne a Asturias y al Peñatu de Puertas de Vidiago, podrían vincularse, concepciones místicas a datar en el Neo-Eneolítico, dentro de límites cronológicos no exactamente fijados, con construcciones dolménicas fruto de sociedades jerarquizadas de gentes con economía pastoril, las mismas artífices de las zig-zags y túmulos que integraron la necrópolis tutelada por la figuración principal del Peñatu, ya fuera esta deidad femenina o masculina, representación de un antepasado heroificado, etc., etc., «sacralizando» el lugar como consecuencia de un culto a los antepasados que conferirán a los vivos protección y poder. Creencias éstas que, según A. Lommel, —a nivel etnográfico—, se expresan en las llamadas *squatting figures*...

5. PARA UNA HERMENÉUTICA DEL PEÑATU

Valorando las elaboraciones de la sociedad que hizo del Peñatu un soporte mitográfico, cabría bus-

car en el mismo, de acuerdo con A. Leroi-Gourhan y adoptando una metodología analítica la llamada «disposición del sujeto». Si volvemos a examinar la llamada «sección derecha» en la que se encuentra «el ídolo» podríase quizá profundizar en la morfología del mismo comparándole con otros de España y Portugal, tales como «los ídolos» de Crato, Paredes de Abajo y de La Esperanza... sin pasar por alto la lastra recientemente descubierta de Tabuyo del Monte (León), cuyo simbolismo y estructura ornamental le acerca tanto al «ídolo» del Peñatu, como a los llamados ídolos-placa, de los ajuares megalíticos. Y ello sin detenernos a recordar por el momento otros simulacros ya transpirenaicos.

¿«Ídolos» o «pantáculos»? Si nos inclinamos a la segunda opción habrá que pensar en representaciones que intentan englobar una particular concepción cósmica y soteriológica, con la presunta imagen de la divinidad celeste, como faz oculada o como «firmamento», independientemente del presunto cuerpo, posible representación cosmográfica en siete niveles celestes a modo de bandas o peldaños de los distintos cielos que desde niveles inferiores a los superiores se superponían hasta la morada del Ser Supremo, cuya presunta faz culmina la escala, constituyendo un auténtico símbolo soteriológico de un concreto «misterio sagrado», en cierto modo semejante al que se expresa en los «ídolos-placa», reflejando un estado de conciencia que emerge en ciertas culturas a partir del conocimiento del metal y que perdurando en la Protohistoria llegara a manifestarse en el ritual órfico y otros del Oriente Helenístico, donde se figura la escala ceremonial (*climax*) con siete peldaños, cada uno de un metal distinto. Según Celso, el primero sería de plomo (Saturno); el segundo de estaño (Venus); el tercero de bronce (Júpiter); el cuarto de hierro (Mercurio); el quinto de «aleación monetaria» (Marte); el sexto de plata (Luna); y el séptimo de oro (Sol). El mismo Celso situaría al octavo en el ámbito de las llamadas estrellas fugaces perceptibles quizás en el «ídolo» de Tabuyo del Monte y que en el pantáculo del Peñatu, al igual que en el «ídolo» de La Esperanza y otros, se figura mediante los ojos u ocelos de claro simbolismo astral o solar, el mismo que aparece en el llamado «ídolo» de Incanall, la lastra de Triora (Liguria, Italia) y en otros. En el Peñatu, empero, nos encontramos con tal faz como meta de la escala celestre en clara representación del Cosmos/Cielo, figurando un *todo* en el que ni

siquiera faltan las aguas primigenias, circundando la divina faz oculada sobre los siete peldaños/cielos, que integran el cuerpo. Esto hace pensar que para su trazado pudo partirse, más o menos subconscientemente de una imagen mandálica, como proyección o elaboración mental de un «espacio sagrado», el mismo que vemos presente en concretas experiencias religiosas, dando vida a particulares concepciones que lo mismo aparecen en las Altas Culturas del Asia Anterior, que en elaboraciones más tardías como las mismas celtas (ario-europeas), que a nivel etnográfico actual como los mismos Zuñi de Nuevo México y que tiene presente Cassirer, cuando escribe: «En la visión mito-psicológica del mundo de los Zuñi (...), la división totémica en siete (que abarca el mundo entero) se manifiesta sobre todo en la concepción del espacio. El espacio total está dividido en siete regiones, Norte y Sur, Oeste y Este, el Mundo de Arriba y el de Abajo, y finalmente el punto central y el Centro del Mundo».

Semejantes puntualizaciones a referir a estados de conciencia se dan asimismo en diversos puntos de Eurasia y Africa, no escapándose su intuición a L. Frobenius, cuando refiere el número siete a la suma de «los cielos» o mundos extraterrenos, insistiendo a la vez en la especial importancia que asume «el centro», definido como la «Montaña del Mundo» o «pilar celeste», que al representar el eje vertical no sólo determinará el centro de la división horizontal, sino que también significará la ascensión vertical a lo divino. Simbolismo éste a percibir también en el Peñatu de Vidiago, donde se confiere cierto énfasis al igual que en Tabuyo del Monte y en Triora, a la vez que en otros simulacros a la representación de la escala habitual por la que habrá de ascender el iniciado. Idea ésta, que, en cierto modo preludia a la que cristalizará en la invención del llamado *zikkurat* mesopotámico o de la *stupa* en Asia del S.E., auténticas «montañas cósmicas».

6. MUERTE, MAGIA Y TÉCNICA

Se dan indudablemente otras derivaciones impuestas por el ritual funerario. Así la cista lítica o túmulo receptor del cuerpo del deceso (facilitando su descenso al seno de la Gran Madre Tierra); el «doble» o «alma del difunto», ascendiendo a los

cielos, etc., en este caso asimilado a la «montaña sagrada» ideales cuyo origen quizá hay que buscar en los horizontes argáricos y de las primeras corrientes metalúrgicas que se imponen en la Península junto con credos megalitistas. En la llamada «sección izquierda» del palimpsesto del Peñatu los homúnculos representados (*squatting figures*) quizá pudieran vincularse a alguna constelación, sin olvidar su similitud morfológica con la asumida por las llamadas *arguizayolas*, especie de soporte recordado en madera y que enrolla un macarrón de cera (para utilizar como cirio o candela) y que se enciende en honor a los difuntos desde el País Vasco hasta Trascaucasia... En la «sección izquierda» está también representado un supuesto cendal de luceiros de compleja explicación.

Henos ante los jirones de una milenaria elaboración mítica que se expresa en creencias de raíz soterialógica que, se presentan en Asturias con el Neo-Eneolítico. Se prescinde aquí de explicar otros grafismos tardíos cual los presuntos crismones figurados en la parte inferior y pertenecientes a otro horizonte conceptual recientemente tratado por E. Rossi.

Quizá pase algún tiempo hasta que nuevamente algún otro estudioso insista en el presunto mensaje de salvación del Peñatu de Puertas de Vidiago. Sin embargo nos veríamos bien recompensados si alguien otorgase alguna atención a estas páginas fruto de una paciente elaboración en torno a algunas olvidadas antigüedades del Principado de Asturias.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

- ACANFORA, M. O. (1956): «Singolare figurazione su pietra scoperta a Triora (Liguria)». *Studi in onore di Aristide Calderini e Roberto Paribeni. Milán, vol. III. Studi di Archeologia e Storia dell'Arte Antica*, págs. 115-127.
- ACOSTA, P. (1968): *La pintura rupestre esquemática en España*, pág. 86 y ss. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología. Univ. de Salamanca.
- ANATI, E. (1968): *Arte Rupestre nelle Regioni occidentali della Penisola Iberica*. Archivi di Arte Preistorica, 2. Edizioni del Centro. Centro Camuno di Studi Preistorici. Capo di Ponte, Brescia, Italia.
- (1977): «The Triora Slab (Liguria)». *Ancient Europe and the Mediterranean*. Studies presented in honour of Hugh O. Hencken, págs. 2-12. Ed. Vladimir Markotic, Warminster.
- ALMAGRO BASCH, M. (1972): «Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo-estela de Tabuyo (León)». *Trabajos de Prehistoria*, 29, págs. 105 y ss. Madrid.
- ALMAGRO GORBOA, M. (1972): «La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares». *Trabajos de Prehistoria*, pág. 67 y ss. Madrid.
- ARNAL, J. (1976): *Les statues-menhires, hommes et dieux*. Toulouse. Les Hesperides.
- BLAS CORTINA, M. A. (1972): «Algunos materiales megalíticos de Asturias». *Archivum XXII*. Oviedo.
- (s.a.): «La Edad del Bronce». Fasc. 103, vol. I. *H.ª Asturias S.C.*
- BRIARD, J. (1976): *L'Âge du Bronze en Europe Barbare des mégalithes aux Celtes*. Toulouse, Les Hesperides.
- BREUIL, H. (1933): *Les peintures rupestres schématiques de la Peninsule Iberique*. Vol. I (Au Nord du Tage), págs. 39 y ss. Fondation Singer-Polignac, Lagny.
- BUENO RAMÍREZ, P. (1980): «Las estelas antropomorfas de Hernán Pérez (Cáceres)». *Actas de la I Mesa Redonda sobre Pre-Protohistoria a do Noroeste Peninsular*. Setubal, 1979.
- BUENO, P. & FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1980): «El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias)». *Altamira Simposio*, págs. 451-467. Madrid..
- CRAWFORD, O. (1967): *The Eye Goddess*, pág. 63 y ss. Londres.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1974): «El ídolo-estela de Riomalo». *Bol. Inform. de la Asoc. Am. Arqueol.* 2, págs. 8-13. Madrid.
- D'ANNA, A. (1977): *Les statues menhires et stèles anthropomorphes du Midi méditerranéen*. Paris, CNRS.
- DAMES, M. (1976): *The Silbury Treasure. The Great Goddess Rediscovered*. Londres, Thames & Hudson.
- ELIADE, M. (1954): *El mito del Eterno Retorno* (ed. esp.). Madrid, Alianza, LB 379.
- (1954): *Tratado de Historia de Las Religiones* (ed. esp.). Madrid, I, Est.
- (1967): *Lo Sagrado y lo Profano* (ed. esp.). Madrid, Guadarrama. Punto Omega, 2.
- (1967): *Mito y Realidad* (ed. esp.). Madrid, Guadarrama. Punto Omega, 25.
- GLORY, A. & OTROS (1948): «Les peintures de l'Age du Metal en France meridionale». *Prehistoire X*, Paris.

- GÓMEZ-TABANERA, J. M. (1975): «Mito y ritual en el Peñatu» (serie de tres artículos que fueron publicados en el diario *La Nueva España* de Oviedo, con fecha 5-X; 12-X y 19-X).
- HERNÁNDEZ PACHECO, E., CABRÉ AGUILÓ, J. y VEGA DEL SELLA, Conde de la (1914): «Las pinturas prehistóricas del Peñatu». *Com. Inv. Paleontológicas y Prehistóricas*, Mem. 2. Madrid.
- HITCHING, F. (1976): *Earth Magic*. Londres, Casell.
- JAMES, E. O. (1966): *El Templo. De la caverna a la catedral* (ed. esp.). Madrid, Guadarrama.
- JORDÁ, F. (1978): «Historia del Arte Hispánico». I. *La Antigüedad (1)*. Madrid. Alhambra.
- LANDAU, J. (1977): *Les représentations anthropomorphes mégalithiques de la région méditerranéenne (3^e au 1^{er} millénaire)*. C.N.R.S. Publ. U.R.A., 7, I, Paris.
- LOMMEL, A. (1966): *Prehistoric and Primitive Art.*, págs. 102 y ss. Londres.
- MENÉNDEZ, J. F. (1927): «La necrópolis de la Sierra Plana de Vidiago». *Ibérica* n.º 678. Barcelona.
- (1931): «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago». *Soc. Esp. Antropol., Etnografía y Prehistoria* X, págs. 163-190. Madrid.
- MICHELL, J. (1975): *The Earth Spirit*. Londres, Thames & Hudson.
- PURCE, J. (1974): *The Mystic Spiral*. Londres, Thames & Hudson.
- RENFREW, C. (1973): *Before Civilization*. Londres, J. Cape.
- SERVICE ALASTAIR & BRADBERY, J. (1979): *A Guide to the Megaliths of Europe*, Londres, Granada Publ.
- VÁZQUEZ SEIJAS, A. J. (1943): «Nota sobre una placa-ídolo de piedra granítica en Paredes de Abajo». *Bol. de la Real Academia Gallega*, XXII, pág. 281. Lugo.
- VEGA DEL SELLA, Conde de la (1919): *El dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Asturias)*. *Com. Inv. Pal. & Preh.* 22. Madrid.
- (1926): *La Piedra dolménica de Pola de Allande (Asturias)*. IPEK, vol. 2.
- VON REDEN, S. (1982): *Die Megalith-Kulturen*, Köln, Du Mont, pág. 264.